La singularidad de Sevilla se manifestaba también  por sus días feriados llenos de tradiciones y festejos. Las principales fiestas se celebraban en primavera, casi de forma ininterrumpida. La mayoría de ellos de gran arraigo en la población, y en los últimos años se habían incrementado con la participación cada vez más numerosa de aristócratas, burgueses y clases acomodadas. Sobre todo desde que se instalaron en la ciudad los duques de Montpensier, a los que gustaba disfrutar de estos eventos. A mediados de abril pude asistir a la primera de estas manifestaciones: La Semana Santa.

Me cuentan que tuvo su origen en el concilio de Trento, donde la iglesia católica se mostró favorable a la manifestación popular de la religiosidad. En el siglo XVI, don Fadrique de Ribera, comenzó a imitar los viacrucis que vio en su peregrinación a Jerusalén. Las procesiones se fueron consolidando en el siglo XVII, gracias a las cofradías formadas por los gremios artesanos que decidieron unirse en torno a las imágenes con las que se identificaban.

Tía Asun me había informado que la Semana Santa sevillana no se encontraba en su mejor momento, que atravesaba una profunda crisis a causa del deterioro económico. Todo apuntaba a la desaparición definitiva de algunas cofradías. Desde 1850 solo se celebraban procesiones los días de jueves santo y durante la madrugada y la tarde del viernes santo, contando con un máximo de ocho cofradías. Desde el Palacio de San Telmo, se empezaba a favorecer la celebración, impulsando algunas hermandades.

En un principio, las cofradías hacían estación de penitencia en iglesias cercanas a su sede. En el Sínodo de 1604, se estableció que las cofradías sevillanas quedaban obligadas a realizar la estación de penitencia en la Catedral, y las cofradías de Triana debían realizarla en la iglesia de Santa Ana. En 1830 la hermandad de la O, fue la primera en atravesar el puente de barcas que unía Triana con Sevilla para dirigirse también a la Catedral. La Carrera Oficial es el itinerario común que deben seguir todas las hermandades en su trayecto. Comenzaba en la plaza de la Campana, continuaba por la calle Sierpes, la plaza de San Francisco y calle Génova terminando en la Catedral, a la que accedían por la puerta de San Miguel, abandonándola por la puerta de Palos.

Mi amigo Pepe Ruiz, era cofrade de la Hermandad del Silencio, una de las más antiguas, pues sus primeros documentos databan de 1566 en el Hospital de las Cinco Llagas. Después su sede se trasladó a la iglesia de San Antonio Abad en la calle de las Armas. Su paso más venerado era Nuestro Padre Jesús Nazareno, una imagen tallada en madera de cedro del siglo XVII. Le pedí a Pepe  acompañarle a diferentes actos de la cofradía, pues tenía interés en conocer las interioridades de la hermandad para comprender mejor ese fervor que mueve a los sevillanos. La camaradería existente entre los hermanos era de destacar, allí encontré algunos de los muchachos, amigos de Pepe, con los que ya había coincido en las tabernas próximas a la Universidad. Era emocionante ver el empeño de todos en cuidar hasta el más mínimo detalle, la pasión con que preparaban el evento para el que habían empleado tantas horas a lo largo del año. Sin embargo su mayor preocupación era meteorológica. Más de un año se había tenido que suspender la procesión, pues a la hora convenida, la lluvia lo había impedido. ¡Eso era lo peor que les podía pasar! La estación penitencial del silencio, tenía lugar en la madrugada del viernes santo, lo que popularmente se conocía como "La Madrugá".